

TERCER PUESTO

Un rojo monstruo de metal

Andrés Mauricio Aros Alvarado
Cine y Televisión
Facultad de Arte, Comunicación y Cultura
fabio.vinasco@uniagustiniana.edu.co

La ciudad gris que era devorada por el rojo monstruo de metal, como la canción de un olvidado grupo urbano, era ahora donde moraba Juan, un hombre consumido por la violencia del campo, de su numerosa familia y de su propia mente. Juan era dos personas, el hombre que transitaba por una ciudad que se fundía con el desolador gris del metal y el cemento, pero también estaba el otro Juan que coleccionaba retazos de esa urbe que le era ajena.

Pero esta historia no sólo es de Juan, es también la de El Bicho, otro hombre consumido por la violencia, una que parecía ser su forma de vida; robar, estafar y huir eran parte de su rutina, la de una Bogotá carcomida por el miedo, un miedo disfrazado de hambre, caos, saqueos y ese confabulador deseo de que algo va a pasar, como Juan y El Bicho, les decían a sus más cercanos.

El tiempo es extraño, al igual que el hombre, escribía un hombre anónimo en las paredes del sur de esta ciudad, frase que leía constantemente Juan cuando salía de su habitación, espacio que compartía con una mujer olvidada, y unos perros, que eran la alegría de ese refugio de ladrillo, baldosas inconexas y colores pastel. El trabajo de Juan *no era muy complejo*, le escuchaba decir a su madre, en las pocas conversaciones que tenía, al otro lado de ese llamador de muertos, como alguna vez le escuchó a su abuela en el lecho de muerte; a la final era lo único que sabía hacer Juan, recolectar, organizar y contar historias, aunque sólo fueran informes tan informes como lo que anotaba este hombre en una libreta tan cuidada como desaparecida de los *stands* de cachivaches.

Para El Bicho, cada día, cada despertar, era sobrevivir; no sólo por las pesadillas de un dragón de metal que los devoraba sino por ese dolor que lo aquejaba desde la infancia; un dolor que su madre le recordaba con agua fría y sahumerios, humos que bordeaban la pequeña casa que El Bicho le había quitado a su madre cuando estaba en los últimos días de su vida. *Ahora el agua fría*, le dijo el hombre a la agonizante mujer, es esto, y la puerta que tantas

veces lo golpeó se cerraba a su favor. Imágenes de una película que sólo en su cabeza era vista; la gran camándula que rodeaba su cuello, un celular tan pesado y desgastado como el mismo cuerpo del hombre y una bicicleta que podía costar más que la casa eran sus objetos preciados, lo *único que guardo con recelo*, le dijo a un jíbaro con el que hacía tratos.

Bogotá, la ciudad del monstruo rojo de metal, como lo habían escuchado Juan y El Bicho, como tantos otros ciudadanos que huían de aquel hombre consumido por las drogas y de un dios salido del humo de una tapa plástica, que cada semana se paraba en la esquina de un puente que dividía a las dos bogotás, *la de la muerte cercana*, dijo esta vez el hombre y la de *la muerte pacífica*, repitieron Juan y El Bicho, en días diferentes, en horarios diferentes. Los puentes de esta ciudad, *colosos de cemento, metal y sangre de 50 trabajadores* titulaba algún periódico amarillista, necesitaban reparaciones, otro *dinero robado* se podía escuchar en las noticias radiales. *El puente está quebrado*, se mofaban en algún programa de variedades que hizo reír a Juan mientras almorzaba, y que para El Bicho sólo eran ruido que salía de los *bichos que escuchan los viejos* reclamándole a los ambulantes del barrio. Porque este hombre de virtudes extrañas, códigos sincréticos, recorría las calles como si fueran laberintos, repetía sus pasos y marcaba las paredes con una piedra, como si la prehistoria le prestara el uniforme de hombre del pasado; la gente lo conocía, le rehuía y respetaba; era como le dijo alguno de los viejos vendedores, *un hombre de rutinas*, a lo que El Bicho respondió con un insulto que parecía tener guardado en lo más profundo de sus entrañas.

Bogotá al borde del colapso, titulares que se repetían en los pocos periódicos que aún circulaban en la ciudad, así como en los recorres que guardaba Juan, un voluminoso libro que hacía de álbum de recuerdos, de memoria, que contenía esos papeles, porque para Juan, Bogotá era casi como un cuento de fantasía y, otras veces,

una extraña pesadilla en la que se sentía cómodo. La habitación de este hombre menudo, prolijo y sencillo era como una biblioteca en miniatura, no muy diferente de su oficina, repleta de copias, archivos, letras y demás, sólo que su colección era también su memoria, su historia, que eran como él mismo, contradictorias.

25 AÑOS DE INFIERNO, TIEMBLA BOGOTÁ, en las manos de Juan, títulos como los de este libro eran premonitorios; avances de películas como las que veía en sus ratos de ocio. Las librerías pequeñas, de esas en las que los libros se confunden con maletas, cuadernos, botellas de colores y descuentos, eran sitios especiales para Juan, no tanto por su amor a la lectura, sino porque en las tapas de los libros podía leer huellas de ese mundo que sólo a él le pertenecía; recuerdos o memorias que sólo existían para Juan, un mundo en el que él era protagonista.

El tren es modernidad, los esferos hacen la paz, pero el hombre acaba con el mundo, gritaba un adolescente mientras arrojaba una molotov a un Transmilenio. El rostro maravillado de Juan, sus ojos casi blancos de la emoción, contrastaba con los gritos y miedos de las personas que huían de la estación Policarpa. *El dragón de metal...* era consumido por las llamas; se escuchó a lo lejos *otra voz anónima que repetía la poca cordura de una ciudad*, sentenció un anciano que pasó cerca a Juan.

Se salvan milagrosamente pasajeros en Transmilenio, Tropicana la... Mis ojos lloran...última Hor... se escuchaba en el radio de uno de los locales, donde El Bicho se tomaba un tinto; *algo de calor*, se repetía mentalmente, pero su cabeza y su estómago estaban en mundos diferentes, este último más cercano al vacío y la frialdad, mientras su cabeza...El Bicho salió huyendo del local...a nadie le importó, *Bah...*, *con esa cara, ni lo deberíamos haber dejado entrar*, le replicó un hombre con un delantal a otro, que parecía ensimismado, aturdido*Qué sacudón el que nos dio la naturaleza*,

informaron en la radio; otro pequeño temblor al que los bogotanos se habían acostumbrado en los últimos meses.

Qué extraños han resultado estos días, cada día está más gris la ciudad, la lluvia parece eterna, los perritos ya no juegan, le decía la mujer que meses atrás le había arrendado la habitación del segundo piso a Juan; éste sólo respondió con un *ajá* y subió a su habitación. La mujer, con varios años, preocupaciones y miedos encima, se sobresaltó, la luz se apagó, cayó un rayo, los perros que estaban cerca corrieron donde su ama, la luz volvió, el rostro de la mujer, era la mueca del miedo, cerró los ojos, nuevamente la luz se desvaneció.

Este día, uno como cualquier otro, será el último día de Juan y de El Bicho, pero también de gran parte de Bogotá, *cuando la muerte huele a cena familiar...* La letra la había olvidado Juan o tal vez sólo era fruto de su mente; Juan quería destruir a ese monstruo de metal que cada vez más se aparecía en sus sueños, en sus días, en su camino; El Bicho estaba endeudado, ningún dinero le alcanzaba, había perdido sus últimos ahorros, y nadie conscientemente le prestaría dinero; *los hombres que caminan distraídos son presas fáciles,* recordaba el ladrón, que sin mediar palabra fue contra un hombre menudo, de ropas sencillas y distraído rostro; ni siquiera hubo una frase de amenaza, sólo un estridente grito, un silencio, las voces de los curiosos, y un *quite de ahí go...* de El Bicho corriendo, antes de ser baleado por un policía. Juan, en el piso, con sangre, viendo esa luz que todos los que mueren ven, *aunque sólo sea un reflejo de la mente,* decía alguien que miraba de reojo la escena.

El día en que Juan había perdido los cabales, que había entendido cómo destruir al monstruo de metal, y de paso a Bogotá, fue el día en que El Bicho, sin ninguna intención, hizo algo bueno por esa ciudad que odiaba y que lo odiaba, de todas formas, como dirían en un noticiero local, un mes después, a nadie le habría importado lo que pasó ese día, sólo el gran Temblor que por poco destruyó a Bogotá.